

REFLEXIONES SOBRE UNA HISTORIA TRANSNACIONAL

Some Reflections on Transnational History

Carmen DE LA GUARDIA y Juan PAN-MONTOJO

Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid, Campus de Cantoblanco, 28049 Madrid

BIBLID [(1998) 16; 9-31]

RESUMEN: Frente a la exclusiva y excluyente práctica historiográfica como práctica nacional e incluso nacionalista, surge recientemente la posibilidad de una historia transnacional que, sin renunciar a ciertas “maneras” clásicas de historiar, permita una reflexión menos “casticista” y de más altos vuelos. En este artículo y tras abordar la íntima relación entre la historiografía y el proceso de construcción de las naciones por un lado, y los últimos debates sobre el papel y el contenido de la historia en los sistemas educativos por otro, se profundiza sobre la naturaleza, el carácter, la metodología y los contenidos de una historia transnacional.

Palabras Clave: Historiografía, nacionalismo, Historia nacional, Historia nacionalista, Historia transnacional.

ABSTRACT: As opposed to the exclusive and excluding type of historiography as a national and even nationalistic practice, the possibility of a transnational type of history has recently arisen. Without renouncing certain classical “manners” of historiography, it allows for less purist and more far-reaching reflection. In this article, after tackling the intimate relationship between historiography and the process of nation building on the one hand, and the latest debates on the role and content of history in educational systems, on the other hand, an in-depth study is made of the nature, character, methodology and contents of transnational history.

Key words: Historiography, Nationalism, National History, Nationalist History, Transnational History.

Historias, narraciones que pretenden dar cuenta de hechos y personas pasadas, ha habido desde hace mucho, probablemente desde que los seres humanos adquirieron la capacidad verbal, y en cualquier caso, siglos y siglos antes de que hubiera naciones, estados nacionales y nacionalismo. Pero la historiografía como disciplina, con todos los elementos de una comunidad académica e intelectual, nació en el siglo pasado, de la mano de los proyectos nacionales. Explicar los precedentes cercanos y remotos de los pueblos, las trayectorias y la forja de las naciones, de las pensadas desde y a favor del Estado y de las pensadas contra y a pesar del Estado, fue una de las tareas centrales —si no la central— de los historiadores que pusieron las bases de la historiografía. Esa marca, defenderemos en estas líneas que más bien “pecado original”, ha estado siempre presente en el quehacer de todos los discursos históricos: en unas ocasiones de forma militante y explícita, en otras del modo más sutil en que lo nacional atraviesa y circunscribe todas las formas de reflexión, en un mundo ininteligible sin las fronteras políticas y la casilla de nacionalidad de los pasaportes.

A finales del mes de septiembre de 1997, un grupo de historiadores de varios países nos reunimos en Miraflores de la Sierra, para hacer frente a una tarea ambiciosa: reflexionar sobre las prácticas historiográficas como prácticas nacionales, e incluso nacionalistas, y sobre la posibilidad de una historia transnacional. Compartíamos, en grados diversos, la idea de que el historiador, un experto en periodizaciones, no suele cuestionar los límites de la sociedad, convirtiéndola en sinónimo del conjunto de gentes que viven en un espacio delimitado por fronteras políticas¹. Compartíamos, también, la conciencia de que en nuestros días las identidades nacionales y las identidades culturales se han vuelto más problemáticas y conflictivas por razones diversas, que van desde la ampliación y densificación del mercado de productos culturales hasta la derrota intelectual —que no social o política— de la concepción primordialista de la nación, pasando por la quiebra o transformación de muchas de las instituciones sociales de la modernidad. Y de que en esos conflictos y tensiones entre identidades la historiografía está unas veces en el ojo del huracán, y otras arrumbada como un viejo saber de iniciados, sin credibilidad e incapaz de aportar nada. Compartíamos, por último, una mezcla desigual de confianza en las posibilidades de pensar sobre nuestro oficio y de escepticismo sobre cualquier receta inmediata.

Con ese bagaje común iniciamos los tres días de recorrido por el tema elegido como espejo, el *fin-de-siècle*. Los heterogéneos artículos reunidos en este y el próximo número de *Studia Historica* configuran esa parte de nuestro seminario. La otra, el “gran debate”, sólo surgió como habíamos pensado que lo haría: en el

1. La única excepción a esta regla son a veces los medievalistas, que emplean la “cristiandad” o la “sociedad islámica” en sus estudios. El uso generalizado de sociedad como sinónimo de habitantes del territorio que conforma una unidad política por parte de modernistas y contemporaneístas, responde desde luego a transformaciones objetivas en las relaciones entre los sistemas políticos y la población a partir del siglo XV (véase al respecto lo que señala Michael MANN: “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, *Zona abierta*, 57/58, 1991, p. 48), pero no deja de ser arbitraria si no se justifica la pertinencia de esa acepción en cada caso concreto.

diseño de ponencias enfrentadas al reto de ser “transnacionales” sin saber bien qué era tal cosa y por tanto en párrafos introductorios, en notas a pie de página, en los comentarios orales, en las preguntas del público de cada sesión y, sobre todo, en el coloquio final. De esas segundas y terceras derivadas pretendemos dar cuenta, por vías menos laterales pero igualmente modestas en sus objetivos, en este trabajo introductorio.

1. LA HISTORIOGRAFÍA Y LA CONSTRUCCIÓN DE NACIONES

Inventadas, construidas, imaginadas, las naciones han dejado de ser, para la mayoría de los historiadores occidentales, realidades primordiales. Construcciones históricas, artefactos culturales destinados a delimitar nuevas redes e instituciones sociales, las naciones emergieron de la mano de los nacionalismos estatales del siglo XIX, como instrumentos útiles para llenar el vacío dejado por la destrucción de la legitimidad de los soportes del Antiguo Régimen. Constructores de identidades nuevas, los nacionalismos legitimaban al orden surgido tras las primeras revoluciones liberales².

Si las revoluciones, que convulsionaron al mundo occidental a finales del siglo XVIII, exigieron la destrucción de la tradición y la implantación de un modelo político, social y económico basado en principios racionales, su fruto, los estados liberales, se vieron abocados a llenar un vacío. Los cimientos del Antiguo Régimen habían sido rechazados. La tradición, creada y defendida por los estamentos privilegiados, había sido destruida por los revolucionarios. Los valores religiosos, que habían justificado la estructura social y política del Occidente cristiano, fueron sustituidos por el secularismo racionalista³. Pero los regímenes liberales y las sociedades capitalistas que pretendían construir necesitaban también una justificación trascendente. No bastaba a los defensores de la revolución con la evocación de la diosa razón ni de la búsqueda conjunta de la felicidad. Si debían contar con la aprobación de una mayoría y enfrentarse al Altar y al Trono, que invocaba nada menos que a la divinidad para legitimar el orden tradicional, tenían que llenar un vacío. El nacionalismo creó el soporte emotivo del régimen liberal pero también, progresivamente, de los estados no liberales en cuya transformación la apelación a un “nosotros” se tornó ineludible para poder exigir más recursos y más lealtad a los hasta entonces súbditos⁴. Es más, el nacionalismo estatal creó el modelo de

2. Como señala Eric HOBBSBAWN: “la mayoría de los estudiosos serios no consideran la “nación” como una entidad social primaria ni invariable. Pertenece exclusivamente a un periodo concreto y reciente desde el punto de vista histórico”, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991. pp. 17-18; véase también Benedict ANDERSON: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983; E. GELLNER: *Nation and nationalism*, Oxford, Basil Blackwell, 1983; E. KEDOURIE: *Nationalism*, Londres, Hutchinson, 1960.

3. Benedict ANDERSON: *Comunidades imaginadas*, pp. 26-62.

4. Sobre Prusia y la relación entre las reformas de Stein-Hardenberg y la construcción de la nación, son interesantes las reflexiones de Barbara VOGEL: “Verwaltung und Verfassung als Gegenstand staatlicher Reformstrategie”, en Bernd SÖSEMANN: *Gemeinsamt und Bürgersinn. Die preussischen Reformen*, Berlín, Duncker & Humboldt, 1993, pp. 25-40, y John BREUILLY (ed.): *The State of Germany*:

los nacionalismos culturales y minoritarios. Ni unos ni otros aparecieron de repente: las lealtades dinásticas, las identidades étnicas y políticas preexistentes y los lazos generados por conflictos seculares ofrecieron una base, más o menos sólida, a los proyectos nacionales⁵. Pero los estados nacionales y las minorías nacionalistas fueron construyendo una nueva mitología y otorgando un nuevo contenido a diferencias lingüísticas, dependencias jurisdiccionales, divisorias religiosas o leyendas populares. La modernidad racionalista necesitaba crear identidades colectivas. Los nacionalismos estatales construyeron artefactos culturales, naciones, imaginadas como soberanas y territorialmente limitadas, donde sus habitantes lograran tener un sentido de pertenencia frente al mundo exterior⁶. Los nacionalismos, como nuevas religiones, se convirtieron en el correlato inevitable de unos estados que exigían más lealtad y recursos a sus habitantes⁷.

Si el nacionalismo fue necesario para legitimar el fruto de las revoluciones liberales, la historia, la literatura, la geografía y el folklore, fueron algunos de sus instrumentos para crear identidades colectivas que reforzaran los nuevos vínculos sociales⁸. Pero debían ser identidades acotadas y distintas unas de otras, basadas en la discontinuidad cultural, por lo que los ramos del saber que los nacionalismos estatales consideraban imprescindibles para recrear un pasado propio, legitimador del nuevo orden revolucionario, se nacionalizaron. El racionalismo, universal por definición, recreaba lo particular, lo diferente, como único medio de justificarse. Aquellas materias que, como la historia, eran útiles para la recreación de un pasado y, por lo tanto, de un presente nacional, adquirieron una impor-

the National Idea in the Making, Unmaking and Remaking of a Nation-State, Londres, Longman, 1992. Respecto a la "nacionalidad oficial" en Rusia, véase la obra clásica de H. SETON-WATSON: *The Russian Empire, 1801-1917*, Oxford, Clarendon Press, 1967.

5. Anthony D. SMITH: *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Oxford University Press, 1986. Es asimismo de gran interés su crítica "modernista" de lo que él denomina concepciones postmodernas de la nación en A.D. SMITH: "¿Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones", *Zona Abierta*, n1 79, 1997, pp. 39-68.

6. Una de las definiciones que más ha sido utilizada por la historiografía contemporánea sobre nación es la de Benedict ANDERSON en su obra ya citada *Comunidades imaginadas*; así, nación sería "una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana", p. 23.

7. Andrés de BLAS GUERRERO: *Tradición republicana y nacionalismo español (1876-1936)*, Madrid, 1991. pp. 135-138.

8. Linda COLLEY: *Britons. Forging the Nation 1707-1837*, New Haven, Yale University Press, 1992, veáse también su artículo "Whose Nation? Class and National Consciousness in Britain 1750-1830", *Past and Present*, 113, noviembre 1986, pp. 97-117; Pierre NORA (dir.): *La Nation*, vol. 2 de *Les Lieux de Mémoire*, París, Gallimard, 1997; Dorothy ROSS: "Historical Consciousness in Nineteenth-Century America", *The American Historical Review*, 89, 4, octubre 1984, pp. 909-927; José ÁLVAREZ JUNCO: "La invención de la Guerra de la Independencia", *Studia Histórica-Historia Contemporánea*, XII, 1994, pp. 75-99, Paloma CIRUJANO MARÍN, Teresa ELORRIAGA PLANES, Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN: *Historiografía y nacionalismo español*, Madrid, C.S.I.C., 1985; José M^a JOVER: "Política y civilización en España, 1834-1874" en *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pp. 140-191; Gonzalo PASAMAR ALZURIA: *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991. Borja de RIQUER: "Aproximación al nacionalismo español contemporáneo", *Studia Histórica-Historia Contemporánea*, XII, 1994, pp. 11-31; Manuel MORENO ALONSO: *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.

tancia estratégica. Pero nacieron marcadas, señaladas. Las nuevas disciplinas nacionales —la filología, los estudios literarios, la geografía, la historia— tenían una utilización política: debían levantar las fronteras culturales de las distintas naciones-estado. Su “pecado original” las alejaba de las disciplinas que, por universales, eran consideradas ciencias sin discusión.

Fue durante las primeras décadas del siglo XIX, cuando los distintos estados nacionales potenciaron sus políticas encaminadas a reforzar los ahora saberes *nacionales*. La geografía, la filología, la literatura y la historia se revistieron de solemnidad e importancia. Eran disciplinas que necesitaron estudiosos y divulgadores para cumplir su nuevo cometido nacionalista. Incluidas, en un lugar preferente, en los distintos planes de estudio, potenciadas y queridas por la nueva clase política, adquirieron un rango sin precedentes a lo largo del siglo XIX.

Primero había que configurar el saber. En el caso de la historia fue necesario recrear el pasado de la nueva realidad política: la nación-estado. Los historiadores nacionales, todavía vinculados a instituciones de raíz ilustrada, las Academias, y que a menudo compartían la práctica de la historia con otras profesiones, comenzaron a preparar historias nacionales.

En España, fue la *Academia de la Historia*, la institución que aunó los esfuerzos de los historiadores por elaborar la historia de la nación española⁹. En el Reino Unido, la *Real Sociedad Histórica*, en Estados Unidos las *sociedades históricas* estatales, en Francia la *Sociedad de Historia de Francia* y en Alemania, entre otras, la *Sociedad para el estudio de la historia alemana*¹⁰. En todas estas instituciones, sus miembros acometieron la elaboración de inmensas historias nacionales. Así, en España, proliferaron las historias generales. La más importante, la elaborada por el político, historiador, y gran conocedor del movimiento historiográfico europeo, Modesto Lafuente, se publicó entre 1850 y 1867¹¹. Su *Historia General de España*, si hacemos caso a Pérez Bustamante, fue una de las obras más populares durante la segunda mitad del siglo XIX¹². Pero existieron muchas más. Entre 1840 y 1868 se publicaron doce historias generales de España, firmadas por autores españoles¹³. En el Reino Unido, fue el político liberal e historiador Thomas Barrington MaCaulay, quien publicó en 1849 la *Historia de Inglaterra desde la entronización de Jacobo II*¹⁴. En Estados Unidos, la responsabilidad de la creación

9. FRANCISCO AGUILAR PIÑAL: “Las Academias del siglo XVIII como centros de investigación” en *I Borbone de napoli e i Borbone di Spagna. Un bilancio storiografico*, Nápoles, Università degli Studi di Napoli, 1985. pp. 291-142 y ANTONIO RUMEU DE ARMAS: “Real Academia de la Historia” en *Las Reales Academias del Instituto de España*, Madrid, Alianza, 1992.

10. DAVID CANNADINE: “British History: Past, Present and Future?”, *Past and Present*, 116, agosto, 1987, pp. 169-191; GUY BOURDÉ y HERVÉ MARTÍN: *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992. pp. 102-120; CARLOS M. RAMA: *La historiografía como conciencia histórica*, Barcelona, Montesinos editor, 1981, pp. 45-73.

11. JOSÉ M^a JOVER: *La Civilización española a mediados del siglo XIX*, pp. 154-155.

12. VEÁSE CIRIACO PÉREZ BUSTAMANTE: *Don Modesto Lafuente y su Historia General de España*, Madrid, Instituto de España, 1967, citado por JOSÉ M^a JOVER: *La civilización española...*, p. 155.

13. MANUEL MORENO ALONSO: *Historiografía romántica española*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.

14. ENRIQUE MORADIELLOS: *El oficio de historiador*, Madrid, Siglo XXI, 1994, pp. 37-38.

de la idea de nación norteamericana se debió, en gran parte, al historiador nacionalista George Bancroft. Publicó una *Historia de los Estados Unidos*, en diez volúmenes, entre 1834 y 1874, que fue una de las obras más vendidas en los Estados Unidos, durante el siglo XIX¹⁵. En Francia, fue, sobre todo, la obra de Jules Michelet, *Historia de Francia*, la máxima contribución de la historiografía a la creación de un sentimiento nacional francés. “Francia tenía anales pero no historia —reconocía Michelet en su Prefacio a la *Historia de Francia* en 1869—... Yo fui el primero en verla como un alma, como una persona”¹⁶. En Alemania, los historiadores de la llamada “escuela prusiana” también ayudaron a reforzar el nacionalismo alemán. Gustav Droysen, Heinrich von Sybel y Heinrich von Treitschke con su *Historia de Alemania en el siglo XIX*, publicada entre 1879 y 1894, contribuyeron, aunque en mucho menor grado que los filósofos alemanes decimonónicos, a imaginar una Alemania fuerte y unida¹⁷.

Este proceso de elaboración de historias nacionales fue acompañado de un periodo de búsqueda y edición de aquellos documentos que justificaban la antigüedad y grandeza de los distintos estados nacionales. Desde las Academias, o desde instituciones nuevas creadas y potenciadas por los gobiernos liberales, se procedió a localizar y publicar las fuentes que facilitaron el trabajo de los historiadores. La *Real Academia de la Historia*, reformada en 1847 para afrontar mejor sus nuevos cometidos, contó con el favor de las Cortes y de los distintos gobiernos isabelinos. Entre 1850 y 1865 publicó los 23 volúmenes del *Memorial histórico Español* que, dirigido por Pascual Gayangos, incluía obras clásicas de la historiografía¹⁸. También desde 1842, la *Academia* impulsó la publicación de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*¹⁹. En el Reino Unido, fue el propio parlamento el gran impulsor de la edición de documentos necesarios para la elaboración de una historia nacional. En 1837, una comisión de la Cámara de los Comunes impulsó la edición de los *Statutes of the Realm*, recopilando así las leyes promulgadas durante siglos por la Corona y en 1838 se fundó el *Public Record Office*²⁰. En Estados Unidos la publicación de fuentes imprescindibles para justificar un pasado glorioso de la nación americana se inició pronto. *Los Diarios de los Congresos Provinciales de Massachusetts en 1774 y 1775*, fueron editados por William Lincoln, y los *Debates de las distintas convenciones estatales*

15. Dorothy Ross: “Historical Consciousness in Nineteenth-Century America”, *The American Historical Review*, 89, 4, octubre, 1984, pp. 909-927.

16. Guy BOURDÉ y Hervé MARTÍN: *Las escuelas...*, pp. 111-125. Como apéndice del capítulo incluyen el “Prefacio a la Historia de Francia” de donde hemos recogido la cita de Michelet.

17. George P. GOOCH: *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, pp. 137-163; Carlos M. RAMA: *La historiografía...* pp. 52-53. Véase también Sonia CORCUERA DE MANCERA: *Voces y silencios en la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 327-345 y Enrique MORADIELLOS: *Las caras de Clío. Introducción a la historia y a la historiografía*, Oviedo, Servicio de publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1992, pp. 84-88.

18. Manuel MORENO ALONSO: *Historiografía romántica...*, pp. 301-306.

19. Además de la obra de MORENO ALONSO, ya citada véase Paloma CIRUJANO MARÍN, Teresa ELO-RIAGA PLANES y Jua Sisinio PÉREZ GARZÓN: *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid, C.S.I.C. 1985.

20. Carlos M. RAMA: *La historiografía...* p. 67.

para adoptar la Constitución Federal fueron publicados por Jonathan Elliot. En 1837, una historia documental desde los orígenes de las colonias hasta la ratificación de la Constitución, titulada *The American Archives*, comenzó a publicarse²¹. En Francia fueron la *École des Chartes*, fundada en 1821, como centro de enseñanza de las ciencias auxiliares de la historia, y la *Sociedad de Historia de Francia*, las grandes impulsoras de la búsqueda y edición de los textos fundamentales para la elaboración de una historia nacional francesa²². Alemania fue la pionera en la edición de fuentes para el estudio de su historia nacional. Desde 1826, la *Sociedad para el estudio de la historia alemana*, con subvenciones de los gobiernos de Prusia y Austria inició la publicación de los *Monumenta Germaniae Historica*, colección de fuentes medievales que se consideraban necesarias para elaborar la historia del pueblo alemán. También las academias de Berlín, Munich y Viena editaron documentos hasta entonces custodiados por los archivos oficiales. Los volúmenes del erudito Johan Friedrich Bödme, que en 1831 inició la publicación de *Regesta* y en 1843 de las *Fontes rerum germanicarum*, completaron esta labor de erudición²³.

La importancia que había adquirido el saber histórico como creador de un pasado nacional, así como el acercamiento del historiador a las fuentes escritas, produjo una alteración en la concepción y en la práctica de la historia. La historia dejó de ser un saber erudito transformándose en una disciplina que, además, se consideraba a sí misma como una ciencia²⁴.

“Se debe atribuir a Alemania la mayor parte del trabajo histórico de nuestro siglo —afirmaba el historiador francés G. Monod en su *Manifiesto* de 1876— ... Publicación de textos, crítica de fuentes, paciente explicación de todas las partes de la historia... Es suficiente citar los nombres de Lassen, Boeck, Niebuhr, Mommsen, Savigny, Eichhorn, Ranke, Waizt, Pertz, Gervinus”²⁵. Pero no sólo los historiadores franceses del último tercio del siglo XIX admiraron la producción historiográfica alemana; la mayoría de los historiadores norteamericanos y europeos consideraron imprescindible una estancia en las universidades donde impartían docencia los grandes historiadores alemanes. G. Monod, E. Lavissee, C. Jullian y Ch. Seignobos, es decir, los fundadores de la *Escuela Metódica francesa* estudiaron en las universidades del otro lado del Rin, pero también lo hicieron Herbert Baxter Adams y Andrew D. White, instigadores de la profesionalización de la disciplina histórica en Estados Unidos²⁶.

21. Hans KOHN: *American nationalism. An interpretative Essay*, Nueva York, Collier Books, 1957, pp. 40-45.

22. Guy BOURDÉ y Hervé MARTÍN: *Las escuelas...*, p. 103. También Enrique MORADIELLOS: *Las caras de Clío...*, p. 90.

23. George P. GOOCH: *Historia e historiadores...*, pp. 71-83; Carlos M. RAMA: *La historiografía...*, p. 48. Véase también Hans KOHN: *American nationalism...*, p. 40.

24. Georg G. IGGERS: *New Directions in European Historiography*, Middletown, Wesleyan University Press, 1984.

25. Citado por Guy BOURDÉ y Hervé MARTÍN: *Las escuelas históricas...*, p. 129.

26. David D. VAN TASSEL: “From learned Society to Professional Organization: The American Historical Association, 1884-1900”, *The American Historical Review*, 89, 4, octubre, 1984, pp. 929-956.

Dos cosas admiraban los historiadores de finales del siglo XIX de la historiografía alemana. Por un lado la historia en Alemania era considerada como una disciplina científica. La utilización de un método crítico para analizar los documentos históricos y su devoción por capturar con precisión los hechos del pasado, aproximaron el oficio del historiador al de cualquier otro científico decimonónico. Y como todas las ciencias, la historia también debía contar con sus científicos profesionales, con expertos que garantizaban el ejercicio correcto de la práctica histórica. En Alemania las cátedras de historia se multiplicaron a lo largo del siglo XIX. Creadas en 1810, a finales de siglo eran ya 175 las cátedras existentes. Además, como complemento de la docencia tradicional, inauguraron la práctica de los *Seminarios Históricos*, completando la formación científica de los futuros historiadores. Con un número nunca superior a los veinte estudiantes, los *Seminarios* intentaron familiarizar a los participantes con el método crítico de las fuentes, haciendo hincapié en las llamadas “ciencias auxiliares” de la historia²⁷. Las publicaciones especializadas no tardaron en aparecer. Desde 1859, la *Historische Zeitschrift* recogió los artículos más importantes de la historiografía alemana.

Los historiadores europeos y norteamericanos que completaron su formación en Alemania en el siglo XIX, no sólo se interesaron por la introducción del método crítico en la disciplina histórica y su consecuente profesionalización. Además, se impregnaron del historicismo alemán que fluía, sobre todo, de las obras de sus admirados Leopold von Ranke y Wilhelm von Humboldt. Mucho más importante que el método crítico fue el hecho de que la fe, que algunos de los grandes historiadores alemanes tenían en la historia, determinase su práctica profesional. Reaccionando contra la doctrina ilustrada de la existencia de unas leyes universales permanentes que la razón humana era capaz de comprender, el historicismo alemán reivindicaba la singularidad de los fenómenos socioculturales que, en su visión, se hallaban históricamente determinados. Sólo a través de la historia se podía descubrir el sentido último de la sociedad, y más específicamente de cada sociedad nacional. Los problemas que los historiadores se plantearon, los métodos que utilizaron y la fuerte orientación política, desde luego nacionalista, de sus escritos, estaban sustentados en esa fe en la historia²⁸.

Los historiadores franceses de la llamada *Escuela Metódica* impusieron el método científico practicado por Ranke y por la erudición alemana y defendieron la necesidad de realizar historias nacionales revisando conclusiones de historiadores anteriores, acusados de no científicos. La historia se había convertido en disciplina científica pero utilizaba su recién ganada objetividad para legitimar “la verdad” de la grandeza de los estados-nación. Así se produjo un doble proceso. Al igual que había ocurrido en Alemania, la historia científica francesa exigía su profesionaliza-

27. Rafael ALTAMIRA: *La enseñanza de la Historia*, edición de Rafael Asín Vergara, Madrid, Akal, 1997; George G. IGGERS: “The dissolution of german historicism” en Richard HERR y Harold T. PARKER (eds.): *Ideas in History*, Durham, Duke University Press, 1965.

28. Georg G. IGGERS: “The Dissolution of German Historicism” en R. HERR, y G. PARKER (eds.): *Ideas in History*, Durham, Duke University Press, 1966, pp. 288-330; Josep FONTANA: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 127-132.

ción. En 1876, G. Monod y G. Fagniez creaban la *Revue Historique*, órgano de difusión de la práctica científica de los historiadores franceses. En su caso el hecho de llamarse “científica” no obstaba para que la publicación asumiera un fuerte contenido ético. “El estudio del pasado de Francia es una tarea primordial —afirmaba Monod en su *Preámbulo* de 1876—... por medio de la cual podemos devolver a nuestro país la unidad y la fuerza moral... despertar la conciencia de sí misma en el alma de la nación a través del conocimiento profundo de su historia”²⁹. Además, los historiadores profesionales franceses ocuparon cátedras universitarias y colaboraron con el estado en la reforma de la enseñanza superior. Pero, sobre todo, dieron forma a un discurso ideológico. Rehicieron la historia de Francia desde presupuestos científicos pero, siempre, legitimando al estado nacional francés. Tanto en sus nuevos libros de texto, como en los programas escolares y universitarios, así como en las grandes colecciones históricas dirigidas por E. Lavissee, *Histoire de France*, por L. Halpen y Ph. Sagnac *Peuples et civilizations* y por A. Rimbaud, *Histoire générale*, los historiadores metódicos franceses alimentaron la conciencia nacionalista³⁰.

Por cauces similares transcurrieron las cosas en la mayoría de las naciones-estado occidentales. También en Estados Unidos los historiadores que defendían la cientificidad de la historia estuvieron implicados en la profesionalización de la disciplina. En 1884 surgía en Norteamérica, gracias a la labor organizativa de Herbert Baxter Adams, la *American Historical Association*. En el momento de su fundación, la disciplina histórica todavía estaba lejos de ser una actividad profesional en Estados Unidos. Sólo existían quince profesores de historia a tiempo completo y seis ayudantes en todo el país. Los estudiantes de doctorado en historia eran treinta. En realidad, la Asociación pretendía impulsar la profesionalización de la historia³¹. Que la historia era una disciplina científica era algo de lo que no dudaron los nuevos historiadores profesionales norteamericanos. Asimismo, como lo hicieron los historiadores de la *Escuela metódica francesa*, consideraron que la historia tenía una finalidad ética. “Fue una verdadera convención nacional —afirmaba Adams en su informe sobre el tercer congreso de la *American Historical Association* celebrado en Washington— en el centro político de los Estados Unidos con la finalidad de fomentar la Historia de los Estados Unidos y la historia en Estados Unidos”³². Desde 1896, la *American Historical Association* aceptó colaborar en el diseño de los programas y la estructura de la “nueva historia”. Un comité de siete miembros elaboró un informe titulado *The Study of History in Schools*. Sus normas se aplicaron en todos los colegios de enseñanza media y en las universidades norteamericanas³³.

29. Guy BOURDÉ y Hervé MARTÍN: *Las escuelas históricas...*, p. 131.

30. Guy BOURDÉ y Hervé MARTÍN: *Las escuelas históricas...*, p. 127.

31. David D. VAN TASSEL: “From Learned Society to Professional Organization”, *The American Historical Review*, 89, 4, octubre 1984, pp. 929-957. Sobre la profesionalización de la historia en Estados Unidos veáanse también Arthur S. LINK: “The American Historical Association, 1884-1984: Restrospect and prospect”, *The American Historical Review*, 90, 1, febrero 1985, pp. 1-17 y Theodore S. HAMEROW: “The Bureaucratization of History”, *The American Historical Review*, 94, 3, junio, 1989, pp. 654-660.

32. David D. VAN TASSEL: “From Learned Society to Professional Organization”, p. 940.

33. Arthur S. LINK: “American Historical Association, 1884-1984”, p. 8.

La mayoría de los historiadores españoles de finales del siglo XIX y principios del XX tampoco tenían dudas sobre que su disciplina había adquirido el rango de ciencia. Muchos de los discursos de recepción de los académicos de la Historia reflexionaron sobre la historia como ciencia. Así, Feliciano Ramírez de Arellano Gutiérrez de Salamanca disertó en 1895 sobre *El progreso de las ciencias históricas: de los nuevos descubrimientos llevados a cabo en el siglo actual*. Mucho más radical en sus posiciones fue Gumersindo de Azcárate, quien en un discurso leído en 1910 bajo el título *Sobre el carácter científico de la historia*, hizo un amplio recorrido sobre las posiciones de los distintos historiadores españoles en el debate sobre la cientificidad de la historia³⁴. Tampoco dudaron de que la nueva historia científica tuviese una finalidad: reconstruir la historia nacional, elaborar un pasado glorioso que justificase el renacer de España. “¿Cómo vamos a poner coto al pesimismo, ni a fortalecer espiritualmente la raza si no la ilustramos con ejemplos del pasado -afirmaba Julián Juderías Loyot en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, en 1917- si no le demostramos, Historia en mano, que habiendo sido fuertes podemos volver a serlo y que la misión de España no ha terminado aún? Tenemos pues que reconstruir nuestra Historia”³⁵. Y, como en los demás países mencionados, los historiadores españoles consideraron necesario sustituir las *Historias generales* por historias de un mayor rigor científico aunque continuasen siendo historias con una finalidad nacionalista. Desde la Real Academia de la Historia, y dirigida por Cánovas del Castillo, se publicó una nueva *Historia General de España*, que a diferencia de las anteriores escritas por un único autor, fue elaborada por un conjunto de especialistas con el fin explícito de lograr una mayor objetividad³⁶.

Pero no todos los historiadores decimonónicos compartían las premisas en que se fundaba la historiografía como profesión. La crítica al método crítico rankeano se inició en fechas tempranas. En Alemania, en 1872, Jacob Burckhardt rechazó suceder a Ranke en su cátedra, por su forma distinta de entender la práctica histórica. No sólo consideraba “fría” y distante su metodología, sino que le acusaba de haber suprimido al sujeto del relato histórico. También consideraba que la nueva historia científica abusaba en su interés por la historia política. Su empeño en reconstruir las historias de los estados nacionales y, sobre todo, por analizar los enfrentamientos entre las naciones-estado, había sido la razón del “pobre resultado” de la disciplina histórica. Burckhardt concebía la historia como el campo de interacción del Estado, la religión y la cultura. Por su parte la *Ciudad*

34. Gumersindo de AZCÁRATE: *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Don Gumersindo de Azcárate*, Madrid, Imprenta de los sucesores de Hernando, 1910. Una relación de los discursos de recepción en *Instituto de España y Reales Academias*, Madrid, Instituto de España, 1985.

35. Julián JUDERÍAS LOYOT: “La reconstrucción de la historia de España desde el punto de vista nacional”, en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en el acto de su recepción pública por Don Julián de Juderías Loyot*, Madrid, Imprenta clásica española, 1918.

36. Antonio MORALES MOYA: “Historia de la historiografía española” en *Enciclopedia de Historia de España*, vol. VII, *Fuentes. Índice*, Madrid, Alianza, pp. 621-684.

Antigua, publicada en 1864 por Fustel de Coulanges, se centraba en la historia de la religión y la familia, a las que desde luego otorgaba prioridad frente a la “oficial” historia política. Mucho más importante, para el posterior desarrollo de la práctica histórica, fue la crítica de Marx. El sujeto histórico no era, desde luego, la nación, y poco importaba si ésta alcanzaba su plenitud. Para Marx, las causas básicas del cambio histórico estaban en las tensiones existentes “en el seno de las estructuras sociales y económicas”³⁷.

Las disidencias aisladas se transformaron en opciones críticas más amplias y organizadas a comienzos del siglo XX. Se inició, así, un proceso de rechazo de las concepciones historicistas y de búsqueda de una ciencia social histórica, que estuviera relacionada con las estructuras y las fuerzas sociales y alejada del acontecimiento y de la narración, que tanto había ensalzado la historiografía decimonónica. Las “nuevas historias” acabaron imponiéndose como nueva ortodoxia historiográfica tras la Segunda Guerra Mundial. Existieron, empero, importantes diferencias entre sus múltiples variantes sobre qué era lo que se entendía por ciencia social histórica. Para muchos historiadores, la historia sólo podría tener un carácter científico a través de la formulación de relaciones generalizadas que pudieran ser expresadas en términos numéricos: la historia serial o la cliometría fueron los productos más acabados de esta opción. Para otros, por el contrario, la historia implicaba factores culturales específicos que imponían límites a las generalizaciones. A pesar de tener una concepción distinta sobre el significado de la historia como ciencia social, los simpatizantes de *Annales*, los marxistas y los historiadores sociales alemanes y norteamericanos, vinculados implícita o explícitamente a diferentes versiones de la teoría de la modernización, compartían muchas cosas. Coincidían en que el comportamiento político y la expresión de ideas debían estudiarse en un contexto social y económico, y que es más, las estructuras sociales y económicas ostentaban clara primacía en cualquier análisis de largo plazo. Además, consideraban que ese estudio exigía un método riguroso y un alto grado de conceptualización. Todos querían trascender la descripción y alcanzar la explicación. Para ellos no había historia sin teoría³⁸.

Desde el punto de vista que ahora nos interesa, la *nouvelle histoire*, la cliometría, la historia social británica, alemana y norteamericana compartieron una gran ambivalencia. Si bien sus estudios trataron de trascender los marcos nacionales hacia arriba y hacia abajo, buscaron la comparación y ensayaron nuevas miradas sobre el territorio y las identidades, lo hicieron, en general, a partir de preguntas que respondían a estrategias políticas profundamente ancladas en estados concretos. Además, la historia nacional y nacionalizadora siguió dominando los libros de texto, la divulgación histórica e incluso parcelas no desdeñables del poder académico. Un dualismo que, aparentemente, suscitó escasas

37. Peter BURKE: *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 15-20.

38. Georg G. IGGERS: *New directions in European historiography*, Middletown, Wesleyan University, 1984.

contradicciones hasta que las mutaciones culturales de la sociedad de consumo, en los años sesenta y primeros setenta, rompieron los modelos heredados de enseñanza y cuestionaron la legitimidad de los saberes en ciencias sociales y humanidades.

Por otra parte, la búsqueda de unos programas útiles, adaptados a la “modernización” económica y a las demandas de las economías nacionales, menguó el peso de la historia en el currículo escolar, en beneficio de saberes más funcionales o, lo que es más, la integraron en materias de ciencias sociales, bien fuera de manera directa, bien por la vía de la interdisciplinariedad de la historia propiciada por la segunda generación de *Annales*. También, el tratamiento escolar de la historia recibió el impacto del éxito de las *estrategias de aprendizaje por descubrimiento*, defendida por la psicología de la educación, que venía adicionalmente a convergir con el proyecto de una “historia desde abajo”, auspiciada por la historia social británica³⁹.

No sólo la historia perdió peso específico en los sistemas educativos sino que compartió, con otras disciplinas consideradas como científicas, la crisis que produjo la irrupción de un nuevo paradigma. Después de la Segunda Guerra Mundial, distintos pensadores iniciaron una revisión de los valores que tradicionalmente se habían asignado a la Modernidad⁴⁰. La revisión se tornó en una crítica abierta en los años setenta. El cuestionamiento de la existencia de cualquier racionalidad central, y la consiguiente fragmentación y dispersión de los modelos, dio paso a la emergencia de epistemologías regionales que obtenían su validez del objeto propio de estudio. La disciplina histórica experimentó, al igual que otros saberes, esta dispersión y, con ella, la fragmentación de su metodología⁴¹.

La crisis de la historia, la extensión entre los historiadores de las dudas respecto a su práctica y al lugar de la disciplina en la jerarquía de saberes, así como la ausencia en el horizonte de cualquier paradigma dominante, no han estado exentas de consecuencias sobre la posición social de la historia, muy vinculada a la suerte de la disciplina escolar de historia. Pero ni los defensores de las nuevas o novísimas historias, ni —como es obvio— los practicantes de la vieja, ni tampoco las élites políticas, han aceptado el declive de los valores tradicionales de la historia, de su función de fuente de la memoria colectiva nacional. En ese contexto cabe interpretar la extensión en las dos últimas décadas de los debates sobre el papel y el contenido de la historia en el sistema educativo.

39. Véase al respecto al análisis de Raimundo CUESTA FERNÁNDEZ: *Clío en las aulas. La enseñanza de la historia en España entre reformas, ilusiones y rutinas*, Madrid, Akal, 1998.

40. Max HORKHEIMER y Theodor ADORNO: *Dialéctica de la Ilustración*, introducción y traducción de Juan José SÁNCHEZ, Madrid, Trotta, 1997.

41. Antonio MORALES MOYA: “Historia y postmodernidad”, *la Historia en el 91. Ayer*, 6, 1992, pp. 15-38. M. A. “La historia y las teorías del fin de la historia” en *Historia a Debate*, vol. I, Santiago, Historia a Debate, 1995, pp. 209-221; Josep PICÓ (comp.): *Modernidad y postmodernidad*, Madrid, Alianza, 1988.

2. LA HISTORIA, LA ESCUELA Y LAS IDENTIDADES: LOS HISTORIADORES EN EL CENTRO DE LA POLÉMICA TRAS “EL FIN DE LA HISTORIA”

Aunque los debates sobre los contenidos de la enseñanza y en concreto sobre el papel de las humanidades son antiguos⁴², los años setenta de este siglo marcaron —como en tantos otros ámbitos— una clara divisoria: el problema dejó entonces de ser el de la formación más adecuada para las élites sociales y culturales y, debido a la generalización de los sistemas democráticos de educación de masas, alcanzó una nueva relevancia política.

En los Estados Unidos, una amplia literatura sobre las escuelas, los valores que transmiten y su vinculación con las “necesidades” de la sociedad norteamericana, se desarrolló en la década de 1970 y floreció en los años ochenta, bajo la presidencia de Ronald Reagan. Los conocimientos ofrecidos por la historia, en tanto que fundadores de identidades y actitudes ciudadanas, adquirieron un claro protagonismo en las propuestas de revisión de los contenidos escolares⁴³. A un primer balance político del debate se llegó en 1989, con el informe de la Comisión Bradley, que recomendaba una mayor presencia de la historia nacional en las aulas de primaria y sobre todo de secundaria. A consecuencia de este informe se elaboraron los llamados *National Standards*, orientados al establecimiento de unos mínimos curriculares para todo el país.

En el Reino Unido, la cronología del debate público y sus resultados políticos fueron similares. Una conferencia del primer ministro laborista James Callaghan en 1976, en la que se subrayaba la necesidad de conectar la formación escolar con la vida laboral y de no dejar la gestión de las escuelas y la educación en las manos de los cuerpos de profesores, marcó el fin del consenso de posguerra. Desde ese año, se inició un intenso y polémico intercambio de informes y trabajos entre instancias burocráticas, autoridades locales, asociaciones de padres, profesores y pedagogos, que con el triunfo del Partido Conservador en 1979 se aceleró y que, tras la segunda victoria de Thatcher, dejó paso a una actividad reformista unilateral dictada por los políticos e ideólogos de la *New Right*⁴⁴. En el año 1985, todavía en la fase consultiva, publicó la Inspección de Enseñanza el libro azul *History in the Primary and Secondary Levels*, que recopilaba los diagnósticos del propio Ministerio de Educación sobre los programas y recursos didácticos empleados en la asignatura de historia, subrayando la heterogeneidad de contenidos y orientaciones, así como la falta de una visión de conjunto de los procesos históricos en general y de los británicos en particular, al término de la educación obligatoria. Tras la aprobación de la “Education Reform Act” de 1988, y a consecuencia de la

42. Hay algunas referencias interesantes al respecto en el artículo de Carlos GARCÍA GUAL: “El debate de las humanidades”, *Claves de razón práctica*, n1 82, 1998, pp. 24-30, por más que aquí las humanidades se entiendan sobre todo en el sentido específico de humanidades clásicas.

43. D. RAVITCH: *The Revival of History: Problems and Progress*, Washington, American Educational Research Association, 1987. Véase también Gary B. NASH, Charlotte CRABTREE y ROSS E. DUNN: *History on Trial*. Nueva York, Alfred Knopf, 1997.

44. J.R.G. TOMLINSON: “The Schools”, en KAVANAGH y SHELDON: *The Thatcher Effect: A Decade of Change*, Oxford, Oxford University Press, 1989, pp. 184-197.

misma, el ministro de Educación nombró un “National Curriculum History Working Group”, con el encargo expreso de delinear los contenidos mínimos de los programas exigibles en las escuelas de Inglaterra y Gales. Su informe, publicado en 1990, y que ponía un claro énfasis en el proceso de construcción del Reino Unido y en el desarrollo —desde la Carta Magna a nuestros días— de las instituciones representativas y la libertad política y económica, tuvo cierto reflejo en los programas de historia aprobados en 1994, y actualmente en vigor.

En Francia, fueron diversos los protagonistas políticos y el contexto institucional pero los tiempos y los resultados no se alejaron en exceso de los de los Estados Unidos y el Reino Unido. Tras diversos artículos de profesores de historia de secundaria y de Universidad —entre los que destacó por su impacto el de Alain Decaux “On n’apprend plus d’histoire à vos enfants”, en el *Figaro-Magazine* de 20-X-1979— y de diversas declaraciones y debates públicos, el Presidente Mitterrand y el ministro de Educación Alain Savary encargaron un informe a René Girault, que a su vez sirvió de base a la comisión técnica “sobre la enseñanza de la historia, la geografía y las ciencias sociales” creada en 1983 y presidida sucesivamente por Jacques Le Goff y Philippe Joutard, que en 1989 hizo públicas sus conclusiones. El resultado fue una renovación de los programas de historia, bajo el ministro Jean-Pierre Chevènement, que reforzaba la presencia de la historia nacional y de los “valores fundacionales de la República” en la enseñanza secundaria⁴⁵.

Otros muchos países, incluidos desde luego los del Este y los latinoamericanos, que han experimentado la transición a la democracia entre finales de la década de 1980 y los primeros 90, han cambiado sus programas y sus directrices de enseñanza de la historia, en general reforzando la presencia de esta materia y optando por el currículum cerrado⁴⁶, pero en ninguno de ellos se han producido debates comparables a los de otros dos estados occidentales: Alemania y España.

En Alemania la historia ha ocupado el centro del escenario polémico desde mediados de los años ochenta, a raíz del llamado *Historikerstreit* (debate de los historiadores)⁴⁷, prolongado y alterado en sus elementos centrales tras la reunificación. El caso alemán es sin duda singular. El *Historikerstreit* no fue un debate centrado en la enseñanza de la historia, sino más bien en la naturaleza de la historia “nacional” alemana y, más específicamente, en cómo debe abordarse en ese contexto el holocausto y el nacionalsocialismo. Pero la singularidad es relativa: la pretensión de un sector de la historiografía alemana de contemplar los campos de

45. Philippe JOUTARD: “L’enseignement de l’histoire” en François BÉDARIDA: *L’histoire et le métier de l’historien en France, 1945-1995*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, 1995, pp. 45-55.

46. Sobre la docencia de la historia en las enseñanzas medias iberoamericanas véase María del Carmen GONZÁLEZ MUÑOZ: *La enseñanza de la historia en el nivel medio. Situación, tendencias, innovación*, Madrid, Organización de Estados Iberoamericanos/Marcial Pons, 1996.

47. Los principales textos de la polémica pública en 1986 y 1987, así como la conferencia del “relativista” (ya que el término más apropiado de revisionista, no puede ser empleado en este caso por el riesgo de confusión con el revisionismo neonazi) Ernst Nolte en 1980, están recogidos en *Historikerstreit*, Múnich, Piper, 1987.

exterminio como una respuesta “desmedida” contra los *gulag* estalinistas, era de manera explícita el punto de partida de una revisión de la historia de Alemania que se había impuesto en los años de posguerra y en especial en las décadas de 1960 y 1970, y una revisión orientada -a través de la escuela y de los medios de comunicación- hacia la recuperación del orgullo de la germanidad y el reforzamiento de la identidad nacional. Estas posiciones que podríamos denominar nacionalistas adquirieron una nueva fuerza con la reunificación, y en opinión de Stefan Berger, han logrado claros avances en sus cuatro campos de desarrollo: su ataque sistemático a la tesis del *Sonderweg*, su relativización del nacionalsocialismo, su relectura negativa de la historia de la República Federal y su rechazo de la historia social⁴⁸.

En España ha existido un cierto desfase con respecto a los países hasta ahora comentados, que se corresponde con el tardío éxito de la educación de masas (gracias al desarrollo normativo y presupuestario de la Ley Villar Palasí de 1970 a lo largo de la transición y del período de gobierno del PSOE). La llamada “guerra de las humanidades”, que tuvo sus primeras batallas en los meses finales de 1996, con la alocución de la ministra de Educación y Cultura ante la Academia de la Historia, y su punto álgido a partir de la presentación de los nuevos contenidos mínimos de las materias de historia en las enseñanzas primaria y media, en otoño del 97, está discurriendo en medio de un aluvión de artículos de prensa —se ha hablado de más de setecientos— y pronunciamientos sistemáticos desde las más diversas instituciones. La clave del apasionamiento colectivo de los medios de comunicación y los académicos, por lo general bastante poco tendentes a preocuparse por lo que ocurre en la enseñanza preuniversitaria, debe buscarse, sin duda, en el agudo problema de la identidad nacional en la España democrática. Pero la singularidad de los datos del conflicto no lo aparta en exceso de lo que entendemos que es un problema más amplio.

Y es que efectivamente, la historia como creadora de valores nacionales o patrióticos constituye una constante en unos debates que por sus coincidencias cronológicas y morfológicas ponen de manifiesto la existencia de un nexo común, más allá de las evidentes distancias que separan las reflexiones sobre la educación en países en las que ha imperado tradicionalmente la descentralización y los programas abiertos y en países dominados por el modelo francés. Hay quien ha tratado de hallarlo en el auge del neoconservadurismo en el campo de la educación⁴⁹, pero esa explicación, no nos parece adecuada. En primer lugar, porque entonces habría que ignorar la experiencia francesa; en segundo lugar, porque todos los movimientos de reforma han contado con el apoyo, y muchas veces han sido iniciativa, del profesorado de medias; por último, porque incluso en el caso británico, la reforma finalmente impuesta por los thatcheristas arrancó de las refle-

48. Stefan BERGER: “Historians and Nation-Building in Germany after Reunification”, *Past and Present*, n1 148, abril de 1997, pp. 187-222.

49. Raimundo CUESTA FERNÁNDEZ: *Clío en las aulas. La enseñanza de la historia en España entre reformas, ilusiones y rutinas*, Madrid, Akal, 1998, p. 205.

xiones de la socialdemocracia. Es más, los contenidos sugeridos en la mayoría de las propuestas de reformulación de los programas no chocan *a priori* con las visiones de la izquierda socialdemócrata y más en general con la cultura política de izquierdas. “El mal al que trata de hacer frente la idea de un programa nacional uniforme de historia es el de una sociedad plural, no el de una sociedad socialista”⁵⁰. En los Estados Unidos resulta difícil diferenciar los debates sobre qué programas históricos desarrollar en las escuelas, qué autores incluir en los cursos de Civilización Occidental y el papel del español en la vida pública (*English only* frente a bilingüismo). En definitiva, los campos se delimitan alrededor de los polos de lo occidental (convenientemente identificado con la esencia del patriotismo estadounidense) y el multiculturalismo⁵¹. Pero en los demás países señalados, las ideas de mayor presencia son similares aunque los contextos sean distintos. Las “cuatro naciones” (Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda) más los nuevos británicos inmigrados del Imperio constituyen la referencia positiva o negativa de la mayor dedicación escolar a la historia de la construcción del Reino Unido. Cataluña, el País Vasco, Galicia, Canarias y Andalucía —la lista se podría desde luego ampliar—, o la “trayectoria unitaria”, los elementos omnipresentes en la prensa y en los medios políticos españoles. En Francia, inmigrantes y extremistas antirrepublicanos configuran por su parte el heterogéneo interlocutor ausente de la necesidad de reconstruir la “memoria rota”.

La comprensión de las razones de la expresión de este giro nacionalizador nos obliga a considerar varias dimensiones. Por una parte hay que recordar que tal giro se interpreta en cierta medida como un regreso. El intento de recrear una disciplina autónoma que no se diluya entre las otras ciencias sociales. Volver a los relatos nacionales, a las cronologías largas, a la personalización de los procesos históricos y a la autonomía de la historia como disciplina, constituyeron los denominadores comunes de la reacción en los ochenta y lo siguen siendo en nuestros días. Tal vuelta debe entenderse desde luego en el contexto de los nuevos retos creados por la internacionalización económica y comunicativa de estos años: la ruptura del Estado Nacional por arriba (procesos de integración supranacional) y por abajo (inmigración masiva y no integrable a corto plazo, avance de los nacionalismos alternativos) y el fin del pacto keynesiano de progreso interclasista, explican las nuevas necesidades de legitimación del Estado que otorgan credibilidad a esa petición de retorno hacia el gran relato nacional. Pero nuestra lectura no se puede agotar ahí. Las críticas al estado de la disciplina escolar de la historia han surgido, en unos casos, y han sido potenciados, en todos, por los profesores de historia y los historiadores. Las implicaciones en términos profesionales de la mayor o menor visibilidad de la historia en la cultura legítima han de ser desde luego consideradas, máxime cuando la multiplicación y diversificación de los

50. J.C.D. CLARK: “National Identity, State Formation and Patriotism: the Role of History in the Public Mind”, *History Workshop*, n1 29, primavera de 1990, p. 98.

51. J.C.D. CLARK: “The Strange Death of British History? Reflections on Anglo-American Scholarship”, *The Historical Journal*, n1 40, 3, 1997, pp. 787-809. Una discusión en la que por otra parte lo “hispanico” se entiende como elemento ajeno a la cultura occidental.

medios de comunicación hace tanto más ineficaz a la escuela como difusora de memorias y autopercepciones y vuelve por tanto más urgente distinguir los saberes escolares con la legitimidad que ofrece el manto de la cultura oficial. Por último, son muchos los que hablan de una crisis de valores, de la insolidaridad, la violencia o el individualismo de la juventud, una apreciación subjetiva que se parece mucho a la nostalgia de un mundo más ordenado (como ocurrió en los locos años veinte respecto a la *belle époque*) y que, encierre lo que encierre de cambios objetivos, parece otorgar a los ojos de muchos nueva relevancia a los conocimientos y saberes más eficaces en la transmisión de valores, empezando por el de la “natural” lealtad hacia la comunidad nacional.

Adicionalmente, la historiografía vive, como muchas otras disciplinas, una crisis de identidad derivada de su propia fragmentación y de la ausencia de consenso sobre cuál es el núcleo central de su investigación y qué fronteras la separan de otras materias. En casi todos los debates escolares nacionales se han superpuesto sin solución de continuidad las polémicas sobre la memoria nacional y sobre el relativismo de parte de la historiografía contemporánea. Memoria colectiva implica, en Occidente, valores trascendentes y progreso, los grandes perdedores de la crisis del discurso modernizador en historiografía. Las humanidades han dedicado sus esfuerzos a “defender que verdad, belleza y perfección no son valores atemporales, sino nociones transitorias, instrumentos que algunos grupos manipulan para perpetuar su “hegemonía” sobre otros”, criticaba Lynne V. Cheney, presidenta del *National Endowment for Humanities*, en 1988⁵², y formulaciones similares reaparecen una y otra vez en el “debate de las humanidades” en España. El auténtico alcance de buena parte de las formulaciones del post-estructuralismo sobre la práctica de los historiadores es, pese a la ira de Cheney, difícil de medir. No sólo porque en sus formulaciones más radicales atenta contra la propia supervivencia de la profesión, sino porque los historiadores tienden a ser más propensos a dejarse llevar por las modas intelectuales, que a teorizar sobre sus implicaciones y, desde luego, que a reflejarlas en su práctica disciplinar. El relativismo epistemológico ha hecho en cualquier caso alguna mella sobre el discurso historiográfico (el propio término “discurso” lo atestigua), otorgando nueva importancia a la “cultura” (a su vez convertida en un concepto polémico), disolviendo muchos de los determinantes estructurales y obligando a repensar continuamente la noción de “realidad histórica” (incluyendo en ella, desde luego, la “realidad nacional”).

No hay, sin embargo, que olvidar que los intelectuales, universitarios y extrauniversitarios, son tales en la medida en que producen cultura a través de un juego constante de revisión y crítica: la innovación es la forma concreta de competencia en el mercado cultural. Pero ese juego de mercado no es todo, la búsqueda de la innovación interactúa con las estrategias de poder personales y de grupo. Claramente, la proyección internacional de cualquier discurso le otorga un

52. Citado en Joyce APPLEBY, Lynn HUNT y Margaret HUNT: *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1998, p. 189.

valor añadido en términos de legitimidad, pero la arena de la política sigue siendo la delimitada por las fronteras de los Estados nacionales: de ahí que los discursos epistemológicos e historiográficos adquieran significados muy diferentes en cada país, como ponen de manifiesto los usos del giro lingüístico en los Estados Unidos, Francia o el Reino Unido⁵³, o las propias acepciones del concepto de historia transnacional en el curso de nuestro restringido coloquio de Miraflores.

3. LA HISTORIA TRANSNACIONAL

En este contexto y en los últimos años se ha producido una aparente paradoja: la eclosión de artículos en publicaciones especializadas que defienden la necesidad de elaborar una historia transnacional. Es un fenómeno que, en primer lugar, trasciende las fronteras nacionales. Desde la *American Historical Review*, el *Journal of American History*, *Annales*, *Historia a Debate* y *Past and Present*, se han repetido los llamamientos a reflexionar sobre la historiografía como disciplina construida sobre la base de los espacios nacionales⁵⁴, a partir de la tesis de que debe enfrentarse a un nuevo reto: partir de la premisa de que las naciones son construcciones históricas, y sólo en tanto que tales pueden delimitar el trabajo de los historiadores. Es un fenómeno que, en segundo lugar, se enraíza en la fragmentación de las prácticas históricas y en las polémicas creadas por las demandas que han colocado con frecuencia a la historia como disciplina escolar, y como discurso público, en el centro de la escena mediática. En unos casos la comparación y la redefinición espacial de los objetos de estudio se postulan como vías de superación del *desmigajamiento* de la historia⁵⁵; en casi todos, la transnacionalización se opone a las pretensiones de quienes quieren que la historia siga siendo el instrumento de construcción oficial y legítimo de identidades, sean éstas las que proponen los nacionalismos estatales, o sean las que les quieren oponer los nacionalismos subestatales, las minorías culturales y religiosas, o cualquier otro de los grupos sociales que aspiran a fundar, reforzar o politizar comunidades imaginadas

53. Gérard NOIRIEL: *Sobre la crisis de la historia*, Valencia, Cátedra/Universidad de València, 1997, p. 44; Patrick JOYCE: "The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain", *Past and Present*, n1 158, febrero 1998, pp. 207-235; E. FASSIN: "La chaire et le canon. Les intellectuels, la politique et l'Université aux États Unis", *Annales E.S.C.*, marzo-abril 1993, pp. 265-301.

54. Akira IRIYE: "The Internationalization of History", *The American Historical Review*, 94, 1, febrero, 1989, pp. 1-10; Ian TYRREL: "American Exceptionalism in an Age of International History", Michael Mc GERR: "The price of the "New Transnational History", Ian Tyrrell, "Responds", *The American Historical Review*, 96, 4, octubre, 1991, pp. 1031-1056, 1056-1068, 1068-1073 respectivamente; David THELEN: "Of Audiences, Borderlands and Comparisons: Toward the internationalization of American History", *The Journal of American History*, septiembre, 1992, pp. 423-452; Maurice AYMARD: "L'internationalisation de la recherche et de l'écriture de l'histoire" en François BÉDARIDA: *L'histoire et le métier de l'historien en France, 1945-1995*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1995, pp. 201-214; Santos JULIÁ: "¿La Historia en crisis?" en *Historia a Debate*, vol. I, pp. 143-145; J. H. ELLIOTT: "Comparative History", *Historia a Debate*, vol. III, pp. 9-19; David CANNADINE: "British History: Past, Present -and Future?", *Past and Present*, 116, agosto, 1987, pp. 169-192; P. R. COSS, W. LAMONT, Neil EVANS: "British History: Past, Present and Future?", *Past and Present*, 119, mayo 1988, pp. 171-194.

55. John ELLIOTT: "Comparative History", *Historia a ...*

alternativas a las existentes. Y en la mayoría de los casos, una y otra perspectiva se unen: una historia transnacional sería una vía de escape de las angustias epistemológicas de la historiografía, una fórmula para recuperar su credibilidad y una salida por elevación frente a las demandas enfrentadas que se le hacen⁵⁶.

La idea de una historia transnacional no es nueva. Buena parte de las reflexiones historiográficas que han tratado de convertir la vocación universalista y globalizadora de la historia en fundamento de un proyecto de ciencia social histórica, han constatado que ese proyecto exigía que los sujetos y los espacios de análisis de los historiadores no se dieran por supuestos, de que pasaran a ser tan problemáticos como las periodizaciones y los tiempos históricos. Las nuevas historias que a principios de siglo respondieron al reto de la expansión de las ciencias sociales, hicieron de ese giro uno de sus rasgos diferenciales, frente al también imperialista pero profundamente nacionalista historicismo decimonónico. Sin embargo, cabe sospechar que en buena parte de esos planteamientos se encerraba en realidad el objetivo específico de defender posiciones académicas e intelectuales frente a otras formas de conocimiento. Eso se desprende al menos de la esquizofrenia de muchos de sus practicantes, según hicieran historia para el gran público o las instituciones políticas o para sus colegas y competidores del mundo académico e intelectual. En este último plano hacía falta evitar el arrinconamiento de la historiografía, su reducción al mero papel de máquina para la fabricación de memorias colectivas. Por el contrario, en el plano de la escuela o del debate político inmediato, la función tradicional podía ser de mayor transcendencia. De ahí que los historiadores de *Annales* pudieran, por ejemplo, conciliar sus visiones comparadas, transfronterizas o regionales, en las revistas especializadas o en las discusiones de seminario, con la publicación de historias nacionales en las que Francia constituía un *continuum* desde los galos a la V República y las diferencias regionales eran eso, diferencias regionales dentro de un destino común implícito o explícito⁵⁷. De ahí también que el marxismo británico combinara las categorías universalistas de Marx, con análisis profundamente arraigados en la especificidad de la *Englishness* (inglesidad). Que incluso la nueva historia económica y la historia comparada se plasmaran en modelos “normales” y en desviaciones nacionales, fuera al hablar de la industrialización, del crecimiento económico, de las revoluciones agrarias o de las revoluciones sociales, integrando en una supuesta tendencia nacional las divergencias subnacionales.

Por el contrario, las nuevas llamadas a la transnacionalización o a la desnacionalización de la historia no son oraciones subordinadas dentro de un discurso que busca la cientificidad de la historia. De entrada porque arrancan de un mundo presidido por la transformación rápida de las identidades preexistentes, por el triunfo de una *metacultura* internacional que a la vez subraya las semejanzas, la fuerza homogeneizadora de la modernidad, y el derecho a la diferencia, a la diver-

56. Por ejemplo en David THELEN: “Of Audiences, Borderlands and Comparisons...”

57. Véase, por ejemplo, la obra de F. Braudel *L'identité de la France*, comentada ampliamente por Perry ANDERSON en *Campòs de batalla*, Madrid, Anagrama, 1998 (artículo original de 1991), pp. 355-392.

sidad cultural⁵⁸. En estos momentos los procesos de integración supranacional y el mestizaje cultural otorgan prioridad al redescubrimiento de espacios supra y subnacionales (como la Lotaringia industrial, el mundo católico frente al protestante, las periferias y los centros), y paralelamente arman las polémicas sobre la posición de la historia en la escuela o en los medios de comunicación, fenómenos que constituyen las dos caras de una moneda única. Que en ese contexto algunos historiadores se dediquen a hablar de lo transfronterizo o lo transnacional es sin duda una prueba clara de que, como señalaban Febvre y Bloch, el conocimiento historiográfico es en sí histórico, es decir, derivado de las preocupaciones inmediatas de sus autores. Y esas preocupaciones apuntan hacia la superación del proyecto moderno de historia como metarrelato nacional del progreso.

Lo que se pone en duda no es, por supuesto, el interés de estudiar los espacios estatales, si se trata de entender fenómenos que resultan de la interacción del Estado con sus territorios y con sus pobladores. Lo mismo cabe decir de las esferas políticas y administrativas subnacionales, y sus territorios y pobladores respectivos. E incluso de los espacios vividos como tales por grupos humanos sin aparatos políticos propios, que pueden y deben proporcionar ámbitos adecuados de análisis si el objeto de estudio son procesos o instituciones que se proyectan sobre los mismos. Transnacional no es pues sinónimo de gran escala, ni de comparaciones enormes, y no pasa por relegar al olvido a los estados nacionales (¿cómo se podría hacer tal cosa al abordar los siglos de la contemporaneidad?) o por rechazar la relevancia de España, el Reino Unido, Bretaña, Flandes, la URSS o Baviera como horizontes culturales, marcos de instituciones sociales o espacios políticos. Tan o tan poco transnacionales pueden ser las microhistorias como las macrocomparaciones habituales de la sociología histórica. La transnacionalidad equivale en historia a ajustar el ámbito socioespacial a las cuestiones tratadas; un propósito que con frecuencia supone más bien determinar líneas de corte sugerentes, capaces de abrir nuevas vías de análisis, por cuanto que la mayoría de las redes y relaciones se caracterizan por su continuidad.

Si las cosas acabaran ahí, estaríamos sin más proponiendo el regreso a la historia-problema. Pero ya hemos dicho que ninguna de las escuelas y tendencias historiográficas que han hecho de esa fórmula su divisa, han logrado en la práctica escapar de su marco nacional. Y no sólo por problemas de fuentes o lengua. Al margen de su dualidad, *Annales* o la mejor tradición historiográfica marxista británica o la historia social de Bielefeld o la historia social y económica norteamericana, tendieron y tienden a construir su repertorio de problemas desde perspectivas atrapadas por sus contextos nacionales inmediatos. Los apriorismos nacionales expurgados cuidadosamente al definir el ámbito de estudio, se cuelan así a través de las preguntas que se pretende resolver. Transcender la historia nacionalizadora exige, en suma, convertir la definición espacial de la sociedad en

58. El término *metacultura* y los contenidos que en ésta se pueden identificar los hemos tomado de Ulf HANNERZ: *Conexiones transnacionales. Cultura, gentes, lugares*, Madrid, Cátedra/Universitat de València, 1998.

problema, y distanciarse del presente más inmediato y del círculo más cercano de preocupaciones a la hora de identificar temas y jerarquizar de prioridades.

La historia transnacional es en definitiva una propuesta abierta de construir un saber histórico autocrítico y autoconsciente en todos los terrenos, pero en especial en el que, por la propia génesis y trayectoria de la disciplina, más dificultades encuentra el discurso historiográfico. Queremos pensar que las diversas formas de entender la historia, pueden encontrar en esa dirección muchos campos de encuentro aunque desde luego no exentos de problemas.

El primero es el riesgo del elitismo, de que se reproduzca en el terreno de la historiografía la fractura ya existente en otras disciplinas entre, por una parte, los que tienen proyección internacional, los que publican en revistas de difusión mundial —o lo que es casi lo mismo, en inglés— y los que tratan no problemas universales, sino problemas que están en la agenda de la comunidad cosmopolita y, por otra parte, los historiadores que no llegan a ese ámbito, porque o bien carecen de las credenciales, las habilidades lingüísticas y el capital social para hacerlo, o bien eligen temas de relevancia inicialmente local. Y esa fractura no sería positiva: no se trata de defender la igualdad y equivalencia de toda historiografía, sino de reconocer que nada indica que las mejores reflexiones surjan de las plumas más audibles o de las que se expresan en *lingua franca*, ni siquiera de las que atienden a las demandas intelectuales de las instituciones de Bruselas o Nueva York, o del entramado mediático internacional. Problemas y espacios transnacionales se convierten con facilidad en problemas y espacios de una comunidad intelectual transnacional⁵⁹ que ni representa a la población del planeta ni es portadora de intereses generales ni poseedora de herramientas o conceptos superiores. Cabría incluso preguntarse si la demanda de una historia transnacional no responde en ocasiones al propio deseo de los historiadores de participar en una red rica en recursos y sobre todo en legitimidad, que se le muestra especialmente esquiva.

El riesgo cierto del elitismo intelectual nos devuelve a su vez a un segundo problema. Si la historia nacional goza de relativa buena salud (como ponen de manifiesto las cifras de ventas de los libros dedicados a la historia nacional propia en cada país) es porque cumple una función importante en la creación de memoria colectiva. El planeta se halla dividido en naciones —provistas de su aparato político correspondiente o no— y el mestizaje y la homogeneización cultural no obstan para que paralelamente tenga lugar una “indigenización de la modernidad”⁶⁰, la lectura nacional de las aportaciones culturales transnacionales. Y mientras existan esas naciones, habrá un público que espere narraciones de su pasado colectivo. Los historiadores pueden ejercer esa función —no dejaremos de insistir que esa ha sido su misión central desde el propio momento constitutivo de la dis-

59. Como nos recuerda G. KONRAD (*Antipolitics*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1984), los intelectuales “transnacionales” conforman una de las comunidades informativas y sociales más densas de la arena internacional.

60. M. SAHLINS: “Goodbye to *tristes tropes*: ethnography in the context of modern world history”, *Journal of Modern History*, nº 65, 1993, pp. 1-25.

ciplina— o permitir por omisión que otros ocupen el vacío que dejan. En el primer caso será difícil que resuelvan la patológica doble personalidad que ha acompañado desde siempre a la “nueva historia” y que digan algo sensato frente a las contradictorias demandas de los proyectos nacionales en pugna, frente a cada nueva edición del debate de la historia escolar o de la guerra de las humanidades: cualquier historia nacional posible se opone esencialmente a otras historias nacionales alternativas, y no hay criterio objetivo capaz de establecer una jerarquía en ese ámbito. En el segundo caso, si la historiografía académica excluye de sus actividades las historias nacionales o regionales, corre el riesgo de perder buena parte de sus interlocutores locales, a cambio de una escurridiza y elitista comunidad intelectual internacional, sin mejorar sustancialmente su capacidad de dar alguna respuesta, aunque sea parcial, a las preguntas de la sociedad.

Está, en tercer lugar, la cuestión central en todos los debates recientes: la escuela. ¿Hay que enseñar historia a los niños? Si se defiende que pensar históricamente aumenta el bagaje intelectual —sea eso lo que sea— de los futuros ciudadanos, la respuesta debería ser afirmativa, pero entonces... ¿Qué historia? Porque una historia por problemas, la diseñada en cierta medida en las asignaturas de “ciencias sociales”, ha sido calificada de fría, abstracta, sin contenidos históricos propiamente dichos. Y, sobre todo, ese tipo de historia no nacionaliza, no contribuye a integrar en la comunidad nacional a los alumnos, no crea memoria colectiva nacional. Y puede que muchos historiadores compartamos la idea de que nuestra misión no es reinventar continuamente el pasado, para crear y difundir imágenes del “nuestro”, sea quien sea el titular de ese posesivo. Es más, que debemos elaborar un saber transnacional, objetivo y crítico. Pero resulta más dudoso que la mayoría de los ciudadanos piensen que la historia puede tener otra utilidad posible que la de recordarnos las gestas e infortunios de nuestros antepasados biológicos o culturales. Y son muchos los que opinan que un Estado debe tener como base una nación, una comunidad (y tanto de origen como de destino), puesto que sólo una comunidad puede exigir solidaridades y sacrificios a las generaciones actuales en nombre de las futuras o a los activos en nombre de los inactivos o a los beneficiarios del mercado en nombre de los arrojados a sus márgenes⁶¹. Sobre la base de una concepción individualista y utilitaria de los aparatos políticos no es fácil llamar a la solidaridad interregional (¿Por qué entre Westfalia y la ex-RDA y no entre Westfalia y Chiapas?) ni limitar los movimientos de trabajadores (¿Por qué sí los sicilianos y no los albaneses?), ni pedir a los asalariados que financien pensiones (salvo que pensemos en un sistema internacional de seguridad social que exigiría un, por ahora inasequible, gobierno mundial). Y la comunidad nacional, la que parece capaz de reclamar para sí lealtades intermedias entre los grupos primarios y la humanidad, exige un pasado —aunque sea corto— porque es una comunidad que se percibe como histórica: ¿Quién va a ser

61. Es de especial interés, a nuestro entender, la apasionada pero racional defensa que de la nación y de la autodeterminación nacional realiza David MILLER: *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, Barcelona, Paidós, 1997.

su productor legítimo? ¿No sería positivo que lo fueran unos historiadores críticos, conscientes del carácter imaginado y construido de la comunidad nacional, de su modernidad, de su dinamismo y de los sesgos nacionalistas en los que el discurso historiográfico puede incurrir? El desarrollo de geografías variables de lo político, de instituciones supra y subestatales de nuevo contenido y la consolidación de densas redes transfronterizas, quizá permitan que en un futuro no muy lejano haya nuevas percepciones sociales de lo nacional, de los deberes con respecto a los “otros”, de la propia naturaleza de esos “otros”, y con ellas nuevas percepciones de la historia y del papel de los historiadores. Pero probablemente la sed de contar con una historia de cada “nosotros”, sean éstos nacionales o no, nunca desaparecerá, porque nunca lo van a hacer las identidades colectivas ni su deseo de imaginarse hacia atrás en el tiempo ni de delimitarse en el espacio.

Todas estos “peros” son, sin embargo, tales en el contexto de la nueva reflexión sobre la historia nacional, que de hecho la trasciende al desnaturalizar a la nación y al Estado nacional y entenderlos como artefactos culturales. La edad de la inocencia en la que se podía aludir sin mayores justificaciones a la España antigua, al interés nacional de los Estados Unidos, al espíritu protestante de los Países Bajos, a la peculiaridad paisajística de Francia, a la mujer gallega, al campesino ruso o a la revolución industrial en Polonia, ha tocado a su fin. Hacer historia transnacional es sumergirse en un océano de incertidumbres sobre los conceptos, las fronteras y los grupos humanos que el historiador maneja en cada período, su pertinencia para dar respuesta a las cuestiones planteadas y su sentido político.

Los retos, las opciones, las posibilidades y los riesgos son demasiado diversos para que unas páginas y algunas lecturas les den respuesta. La nación, la escuela, la naturaleza de la historiografía, los proyectos políticos y personales de los historiadores, las demandas de los mercados, las necesidades de los políticos y las opciones personales se entremezclan en una discusión entre salidas teóricas, que a veces no satisfacen necesidades prácticas, y prácticas que no satisfacen los proyectos teóricos. Lo que está claro, sin embargo, es que esta amplia cuestión no se puede obviar. No nos cabe duda de que por estos caminos u otros análogos van a transcurrir buena parte de las reflexiones teóricas y políticas de la historiografía en los años por venir.